



ROSAL MISIONERO

Carta n^o 35

25 enero del 2013



¡Ave María purísima!

Unidos todos en el Corazón Inmaculado de María.

Estimados integrantes del Rosal, aquí les envío la segunda parte de la carta del **P. Carlos Walker**.

La fe en la Virgen María

Segunda parte:

“Otro pasaje pone de manifiesto la oscuridad en que permanecían tanto María como José: el Niño queda en el templo, entre los doctores de la Ley, mientras María y José lo buscaban; en el momento de encontrarlos Él les dice: *“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?”* (6). Y el evangelista san Lucas hace notar que ellos *“no entendieron sus palabras”* (7).

Que la Virgen María se hallase de frente a los misterios de la Encarnación y de la Redención, y como envuelta en ellos de un modo especial, no significa que le resultaran comprensibles. Es el claroscuro de la fe: “María era la primera en la peregrinación de la fe – dice el Beato Juan Pablo II –, era la más iluminada, pero también la más sometida a la prueba en la aceptación del misterio. A ella le tocaba aceptar el plan divino, adorado y meditado en el silencio de su corazón. De hecho, Lucas añade: *‘Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón’* (8)

Debió tratar con Jesús y educarlo, día a día, durante treinta largos años, en el silencio y la vida oculta de Nazaret. Estaba cierta de que su Hijo, aquél a quien enseñaba, a quien enviaba a buscar el agua o la leña, era el mismísimo Dios; pero todo esto lo sabía sólo por la fe.

En el diario contacto con su Hijo, mientras crecía, se esforzaba la Madre por penetrar en su misterio. En el clima de Nazaret, dignamente marcado por el trabajo, María pugnaba por comprender la trama providencial de la misión de Jesús. *“Todas estas cosas”* no son sino los acontecimientos de los que ella había sido, a la vez, protagonista y espectadora, desde el anuncio del Ángel; pero sobre todo referencia a la cotidianidad de la vida del Niño. Cada día de intimidad con él constituye una invitación a conocerlo mejor, a descubrir más profundamente el significado de su presencia y el misterio de su persona.

“Alguien podría pensar que a María le resultaba fácil creer”, observa Juan Pablo II, “dado que vivía a diario en contacto con Jesús. Pero es preciso recordar, al respecto, que habitualmente permanecían ocultos los aspectos singulares de la personalidad de su Hijo. Aunque su manera de actuar era ejemplar, él vivía una vida semejante a la de tantos coetáneos suyos” (9).

Al fin María estuvo al pie de la cruz, cuando los Apóstoles habían abandonado al Señor. Allí estuvo de pie, profesando por su fe que aquel Crucificado era el Hijo de Dios. Cuando todos han perdido ya la fe en Jesús, ella sola lo confiesa Dios, derrotado en apariencia, pero real y efectivo vencedor del demonio, del pecado, e incluso, tres días más tarde, de la misma muerte. El

acto de fe de María en el Calvario fue el más grande que se haya hecho en este mundo, en medio de la oscuridad más profunda, en la hora precisa del poder de las tinieblas ⁽¹⁰⁾

Se dice de Abraham, nuestro padre en la fe: “*Por la fe ofreció Abraham a Isaac cuando fue puesto a prueba, y ofreció a su unigénito, el que había recibido las promesas, y de quien se había dicho: ‘Por Isaac tendrás tu descendencia’; pensando que hasta de entre los muertos podría Dios resucitarle*” ⁽¹¹⁾. Pues bien, estas palabras se aplican, aún más legítimamente, a María Santísima, que, como Abraham, fue puesta a prueba, y como él, ofreció a su único hijo; pero, y a diferencia de Abraham, recibió la aceptación de su oferta de parte de Dios, el cual “*no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros*” ⁽¹²⁾.

Muerto su Hijo, María llevaba ahora en su corazón la fe en la redención del mundo por medio de Él, como desde su más tierna infancia había creído en el Mesías que debía venir a salvarnos. Sola ella lo guardaba en su corazón, como era también la única que llevaba en él el misterio de la Encarnación de Jesús. Para todos los demás hombres, incluidos los Apóstoles, la vida y obra de Jesús no parecía una realización sino un auténtico fracaso. Siendo Niño había descansado Jesús en su seno, y ahora, en aquellos días, desde el Viernes Santo hasta la mañana del Domingo de Pascua, nuevamente había querido encerrarse en María, refugiando en Ella a todo su cuerpo místico, que es la Iglesia. La fe de María fue como la lamparita que señala la presencia de Jesús en el sagrario. Ella creyó por nosotros. Ella, sola, conservó la fe de toda la Iglesia naciente.

Aquella bendición de Isabel: “*dichosa la que ha creído*”, se remonta hasta el comienzo de la misma creación, dice Juan Pablo II, “y, como participación en el sacrificio de Cristo, nuevo Adán, en cierto sentido, se convierte en el *contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad* contenidas en el pecado de los primeros padres. Así enseñan los Padres de la Iglesia y, de modo especial, San Ireneo, citado por la Constitución *Lumen gentium*: ‘El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María *lo desató por la fe*’... Con razón, pues, en la expresión ‘feliz la que ha creído’ podemos encontrar *como una clave* que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como ‘*llena de gracia*’ ⁽¹³⁾.

12 de diciembre 2012 P. Carlos Walker

Queridos todos, a la luz de lo dicho por el P. Carlos, cuando nosotros sintamos sobre nuestras espaldas el peso de la cruz –ante la prueba de fe- lo que tenemos que hacer es rezar más, meditar más, hacer más penitencia, confesarnos, comulgar, cumplir mejor con nuestro deber de estado, hacer más obras de bien y sobre todo confiar más en Jesucristo y en el poder de Mediación de María Santísima ¡Ánimo y valentía!

Con mi bendición.

P. Héctor Luna, IVE. Esclavo de María

rosalmisionero@ive.org

ive.org

Nº 6 (Lc 2,49). // (7). Nº 7 (Lc 2,50). // Nº 8 (Lc 2,51)” (Audiencia General 04-VII-90). // Nº 9 (Audiencia General 29-I-97). // Nº 10 (cf. Lc 22,53). // Nº 11 (Hb 11,17-19). // Nº 12 (Rom 8,32). // Nº 13 (Redemptoris Mater, n. 19).